

se obligó á pagar derechos de lo que le habian robado al causante, no obstante sus eficaces representaciones al Ministerio de Hacienda. . . . En México, que se pinta tan desordenado é inmoral en casos semejantes, ha pagado la Aduana su efecto al comerciante. Aquel es un rasgo de *civilization*, que no nos atreveriamos á imitar.

Otro dia hablaremos más de la Aduana.

## VI

El 4 de Julio.—La calle de Green.—Borrachines.—Basement.—Bar-room.—Francisco.—Museum.—Carnicería humana.—Profanacion de nuestros héroes.—Washington en ridiculo.—Hotel Windsor.—Su riqueza.—Diversas oficinas.—Dependientes.—“Lavandería.”—Relojes de vigilancia.—Renta.—Nombres y consumos de los principales hoteles.

LA lectura de viajes sobre los Estados-Unidos, la relacion de amigos verídicos, la tradicion de la festividad cívica del 4 de Julio, más que con curiosidad me tenia temeroso de esos solaces de los soberanos, de que suelen resultar contusiones y quebrantamientos de huesos.

Se arraigaban más mis temores con la ausencia de multitud de personas que iban huyendo á las demostraciones de entusiasmo popular.

En medio de una expectativa, bien desagradable por cier-

to, esperaba, como en desquite, ver en trage dominguero y de fiesta á esta multitud y asistir á los fuegos artificiales, que se hacen con particular buen gusto, segun la opinion de los entendidos en la pirotécnica.

Algunos disparos, unas explosiones como de *palomas* y triquitraques, me hicieron creer la víspera que ayer era día de rumbo y de trueno, y que á despecho de todas las sociedades de temperancia, íbamos á tener la de Dios es Cristo.

Daban consistencia á esa expectativa mis recuerdos.

Hablando de las espontáneas demostraciones de semejante día, se hacian descripciones casi terribles.

Hombres disparando al acaso sus armas, mujeres sin límite ni valladar, haciendo ostentacion de sus encantos; y la orgía en toda su plenitud, se exponia como en caricatura para hacer el apoteosis de la emancipacion del pueblo gigante.

Infundados salieron mis temores y fallidas mis esperanzas, porque no he visto cosa más tristoná ni más sosa que el día que acaba de pasar.

La ciudad presentaba el aspecto de un domingo, las oficinas públicas y el comercio estaban cerrados.

Las desiertas ventanas, la ausencia de balcones y zaguanes, las puertas cerradas de las habitaciones, dan aspecto realmente lúgubre á la ciudad, cuando el tráfico no anima las calles.

En todas las oficiñas, en los edificios públicos, en las casas particulares, en los carros y hasta entre las orejas de los caballos, flota la bandera americana, desde proporciones inmensas que pudieran cubrir la fachada de nuestras casas, hasta banderitas que pudieran figurar en un refresco.

Lo más curioso es ver esas grandes banderas *con sus crias*, es decir, sartas de banderas de pequeñas proporciones, agitándose como en tendederos diagonales y pendientes de azoteas y ventanas, como si en efecto se estuvieran secando al sol.

Las banderas de las otras naciones no son patrimonio de los funcionarios públicos; cualquier *quidam* enarbola su bandera ó hace sartas de banderitas, y se queda muy fresco.

En el número estrictamente preciso para molestar al vecindario, se quemaban cohetes chinos ó triquitraques y *palomas* en gran número; pero por niños y niñas, y lo estrictamente necesario tambien para sacar un ojo é impedir el tránsito.

Decíase que habia en tiempos, estrepitosos disparos de armas de fuego, de que resultaban desgracias y muertes. Yo nada ví sino tristeza y soledad.

En la calle de Green, calle que tiene cierta celebridad por habitarla gente de trueno y regocijada, ví algunas hijas de la noche haciendo disparos con pistolitas de bolsa; pero en corto número y rodeadas de unos cuantos amantes consuetudinarios y sin maldita la gracia.

En la bahía, los barcos todos estaban empavesados y la atravesaban vapores con música, concurridos por gente dispuesta á divertirse en familia y fuera de la ciudad.

Asegurábase tambien que ayer era el gran día de los sacrificadores á Baco; y aunque me consta que estos Romanos del Mundo Nuevo, como disparatadamente se les llama, tienen *whiskyductos* estupendos, no se presencia á uno solo trazando X con los piés en las banquetas.

En este particular, mi desengaño ha sido el más comple-

to: los borrachos, que los hay por gruesas, son silenciosos; pocas veces se presencia una riña; casi nunca arman esas grescas y esos Sanquintines de que pudieran jactarse los borrachines de la raza latina.

Ni lo extraño y accidentado de la voz, son peculiares de un estado de perturbacion mental, porque eso lo reserva el yankee para cuando está en su perfecto acuerdo.

En la taberna, y la taberna de baja ralea, yo no sé lo que acontecerá. En la calle, el borracho es sombrío, pasa gruñendo, taciturno, y por su parte el público lo ve con plena indiferencia.

Cuando el alcohol es muy retobado y le hace pasar ciertos límites al poseído, se encarga de él la policía y lo deja á guardar en la primera comisaría que le sale al paso.

En estos casos, el borracho suele gastar su pedazo de soberanía insultando á sus servidores de la policía; éstos, no solo les sufren, sino que los miman y consideran, segun la observacion de Juan Navarro, como quien dice: "*hoy por ti: mañana por mí.*"

Hay muchos borrachos: como suicidas, se emborrachan en un aislamiento que contrista.

Así habia ayer personas que quemaban cohetes en unipersonal sombrío, como quien habla solo.

A las diez de la noche, la ciudad estaba más quieta que en los días comunes.

A esa hora regresé al hotel: en la Plaza de la Union habia alguna gente agobiada por el calor.

De trecho en trecho se levantaban, al frente de los teatros ó de los hoteles, esos gigantescos candelabros con cinco bombillas de cristal cada uno, que forman esos promon-

torios de luz que deslumbran. Exactamente como los del Zócalo de México, pero en gran número. Venia por Broadway y me entretenia en ir notando en los altísimos cristales de las tiendas no alumbradas en el interior, la reproduccion de la ciudad con todos sus detalles, y con tal perfeccion, como si fuera un espejo corrido la acera en que iba.

A mis piés, los *bassements* formaban una lista de luz con sus faroles, bombillas y reverberos, asomando á la orilla de las banquetas.

Estos *bassements* tienen su historia: cuando se está construyendo la casa, entónces se percibe en todas sus particularidades el esqueleto.

Como primera operacion para la formacion de ese edificio, se cava una especie de estanque más ó ménos profundo, segun que va á tener uno ó dos pisos el *bassement*.

La tapa de madera de ese estanque es el primer piso. Esta construccion es independiente de la altura de la banqueta, de suerte que el *bassement*, ó queda bajo de tierra, ó asoma más ó ménos á la calle.

En las calles centrales ó de cierta importancia, el *bassement* da al pequeño sembrado que está frente á las casas tras del barandal de fierro: allí están los comedores, se escuchan los pianos, residen familias acomodadas.

En otros puntos el *bassement* apenas saca un ojo con ahogúo de debajo de la tierra: el *bassement* es caballeriza ó bodega; pero en Broadway, por ejemplo, el *bassement* descende por una escalera de piedra abajo del primer piso, y son las tiendas, los *restaurants*, los salones de billar, zapaterías, barberías y muy frecuentemente el *bar-room*, en que los *coptails* y la cerveza tienen su mejor y más delicado sazon.

El mostrador, los ostiones y en este tiempo las almejas, los ejércitos de botellitas con salsas que deben figurar entre los combustibles ó las armas prohibidas, asientos de tripié, mucho tabaco, mucho humo, mucho periódico y mucha pata al aire.

Al pasar por San Francisco, hablamos de los *bassements* que frecuenta el sexo flotante.

Cuando volví á mi posada encontré á Francisco paseándose como un león en su jaula. Mi amigo ha seguido con suma diligencia y patriotismo los negocios de México, y les da la debida importancia.

Aunque este es un negocio para mí vital; aunque me ocupo en él asiduamente, no he querido consignar en este escrito mis impresiones, porque es de tal modo ligero y sus tendencias son tan marcadas al solaz y al entretenimiento, que se resentirian de frívolas, observaciones que en sí tienen para mí extraordinaria gravedad y trascendencia.

Me limito á notar que el 4 de Julio hicimos contrapeso á duo á la consagracion al regocijo.

En uno de tantos palacios de Broadway, con escándalo de la publicidad, en un elegante pórtico de caprichosas columnas, adornado de figuras simbólicas y estatuas dando á la calle, se percibe este rubro colosal: *Museum*. Al pié del rótulo se pasea constantemente un hombre distribuyendo avisos con profusion.

Para mí, el aviso, el aparato y el hombre, eran perpétua tentacion, y no caia en ella, por temor á este *humbug* americano que le planta una banderilla al más pintado.

Al fin, no pude resistir: toméme del brazo con mi compañero Buzeti, y cuando volvimos la cara, nos hallamos á la una de la tarde al frente de un sombrío y extenso salon, alumbrado débilmente por la luz del gas.

Las paredes estaban tapizadas de cuadros; en el centro de la pieza hay grandes nichos.

Compramos un catálogo, que avisa en su carátula que aquel es un Museo de Anatomía, que se abre diariamente para ser visitado por hombres, y que está bajo la direccion del Dr. Jordan, médico de alta reputacion en esta ciudad.

Subimos por una escalera de caracol que está á la derecha, y entramos en una pequeña pieza bien alumbrada por la luz natural. El primer objeto que se ofreció á mis miradas fué, bajo cristales, un taller de tejas de barro con sus oficinas y figuritas como un nacimiento. Repelé contra aquella *curiosidad anatómica*, y volví los ojos á las paredes.

Estas estaban cubiertas de cuadros, ó más bien cajas con cristales suspendidas á las paredes, sobre hileras de nichos descansando en repisas ó fajas de madera, que circuyen gran parte de los salones.

Cada vez que me volvía por un lado, retiraba la vista al opuesto, herido por una impresion desagradable. Ya era un ojo reventado, ya una pierna al agusanarse, ya un seno hecho un arnero de llagas. . . . Brazos, huesos. . . . Salíme de la piececita y dirigí mis pasos á la luz de una ventana que da á la calle. Allí me ví de repente rodeado por focas y lagartos estupendos, así, estupendos, como de cuatro varas, en tan perfecta disecacion, que evitaba horrorizado su con-